

Auténtico Relato de Robert Blake



SUS ULTIMAS DIECIOCHO HORAS

Robert Blake, autor de "Sus últimas dieciocho horas", fue ejecutado en Huntsville, en abril de 1929. Era un hombre joven, de considerable inteligencia, y durante sus meses de permanencia en el Pabellón de la Muerte, se dedicó por entero a escri-

bir. "Sus últimas dieciocho horas" es una tentativa para asentar, todo lo literalmente posible, las conversaciones mantenidas con sus compañeros de infortunio, condenados como él a la pena capital, el día que uno de ellos debió perecer. Tomó notas dudosas-

mente, y completó su obra al siguiente día. Luego hizo entrega de ella al reverendo J. D. Moss, pastor de una de las iglesias de Huntsville, que recibió instrucciones para hacerla publicar. Blake fue ejecutado una semana después. Fue condenado por robo y

asesinato. Hasta su último instante, Blake sostuvo que el asesinato fue perpetrado por otro hombre, y que él, en esos momentos bajo la influencia de estupefactantes, no se daba cuenta de lo que pasaba. (En la página siguiente, el texto completo)

Cuento de Enrique Amorim

En la balumba del tráfico, se desplaza vertiginosamente, el rojo del colectivo 39. Reflejado en el escaparate de una armadura, para por el momento. Por la hoja traurida de una ventanilla, se escapa por la punta de un punzón. Luego asoma el hueco arisco del radiador, en la vibración de una casa de moda, y el viento mite de una "rota", que se va a un segundo un atrayente linte rojo.

El colectivo, cuando se detiene, conduce seis vidas. Se divide en dos, en tres pedruzcos, en los espejos que a lo largo de la calle, mienten en complicidad con las luces y los mercedezes.

El colectivo, rumbo tipo, hincará rumbo, conduce seis vidas. El jefe gobierna la máquina, con ese aplomo orgulloso del que lleva enarbolado el aviar: Completo. Seis pasajeros, seis billetes asegurados, seis vidas independientes, desiguales del colectivo. Seis vidas reunidas por el azar, en el breve plazo de veinte minutos de marcha, respirando una misma atmósfera, entregándose los unos a los otros, parte del calor personal, del aliento, del perfume adquirido. Familiaridad de las horas, de los colores, de los gestos. Dos pañuelos de idéntica calidad. Uno de ellos, sometido a un resfrio tejeado, sonora de estornudos. El otro pañuelo, impecable en su blancura, asomado a ese balcón pesantoso del bolido del saco.

El tercer hombre que viaja es poseedor de ese pañuelo fatal, enfermizo, que tiene todas las degradaciones y que se esconde, avergonzado, abultando el boudoir. Es el pañuelo del hombre casado, que en su desgracia, con una vida y cuanta, detentador de record, cuyo dueño lo ha utilizado durante la semana unas cuarenta veces, pocas las narices de sus hijos resfriados.

Las tres mujeres que siguen al colectivo trasero se sienten con niveladas por el viaje. En colectivo. No hay en ellas orgullo pero ni, desentendida presunción aparente. Ni ese paquete ni ese ilo de ropas que inferior a la muchacha, frente a la computadora, nacional que viaja con las manos enguantes y vacías.

Tres mujeres envueltas en agüeros comunes, bonitas similares, carteras tipo standard. Tal vez la de la calidad de rouge en los labios, impropio en una de ellas, rubia, de la calidad de rubia. En el reducido espacio que ocupa, las tres pieles femeninas, se pueden volar los medios de vida de la morena, las de algodón de la rubia. A pesar de la mala luz, la panfletaria derecha de la rubia, al descubrirse, abultada en bache de pulmona por la pluma izquierda, cruzada con el acento. Los estropeados zancos, la historia de caminatas o paños de sus dueñas, confundidas en aquel momento en un mismo andar mercurio.

Las seis rodillas de las tres mujeres, abducidas en el asiento trasero, siguen con una un bache personal, perfectamente definido. En la sujeción de la vida, se manifiesta más grave y leve. Se entrelazan las piernas de una, se ajustan las de otra y la morena de la izquierda, las lleva apuradas, como alejándose de un posible accidente, contra el tapizado de la carrocería.

En las curvas violentas, los seis cuerpos, participan hermanados del accidente. Al enfrentar las bucalinas, avanzan a un tiempo. Al frenar del vehículo, los tres cuerpos femeninos se adelantan, se parajan. Los tres torques de los hombres, se inclinan en un saludo disciplinado.

Al cabo de cinco minutos de marcha, el idéntico movimiento muscular, ha hecho de los seis personajes, seis muñecos semejantes.

El estudiante Smith

Regresa de la Facultad, a estornudo por bucalino. Trepó al colectivo en movimiento, sin mirar para atrás. Vio a completar el viaje y así, gracias a su inclusión, se duplicó la velocidad. Flase, de aquellos hombres, arrieta voluta libre, un manuscrito libre. Ve pasar las cuadras sin atención, fija la vista hacia adelante, como si al fuese quien sortee los automóviles y los peatones.

Don Jacinto, el boticario

Bien agrado al pasajero, se le han helado los dedos de tenerlos inmóviles. Se siente molesto, pero no tiene el valor de investigar la causa. Sonríe a la vida, los pequeños accidentes han ido idénticos aconteciendo en su persona, que los grandes peripecias. La frialdad del pasajero es como un yugo en su vida. Yugo pesado, espiritual o material, que no se atreve a poner en descubierto y rebelarse contra ellos. Los indios, los infantes y eso es todo. Hasta la velocidad del vehículo es una imposición que somete a su nervio a un ritmo desagradable. Pero se deja llevar sin protestas, por el colectivo, como por su mujer, como por la clientela embrollada. En el cristal del parabrisas, le parece ver el espacio rectangular de la pantalla cinematográfica, por la que los vehículos desfilan, en tardes de domingo, cerca y lejos, hacia a su vida, terriblemente desconcertantes.

Julian J. Rodríguez

Ha sacado de su bolsillo, una tarjeta de visita con ese nombre. Momentos antes de alcanzar el colectivo, escribió en ella una recomendación para un amigo, a fin de que el director de revistas teatrales le diese una contrata en el cuerpo de baile. Se dirige a casa de un periodista conocido, a quien ha de rogar la inserción del anuncio de la muchacha, en la página teatral de su periódico. Bate la tarjeta, la guarda, al tiempo que descubre en el cristal del espejo retrovisor del coche, los claros ojos de la rubia que gasta medias de algodón. Una hermosa frente desvía la mirada de la muchacha.

Fanny, la rubia

Hay una razón de peso, para que lleve ese día unas modestas medias de algodón: la de ir a hacerle cargo de un puesto de dama de compañía y casi profesora de inglés, en casa de una señora viuda, con propósitos de agustar para Europa. Y Fanny sabe que es su primer día, presenta con medias de algodón. Y Fanny, el ambiente de algodón, se puede sentir con más comodidad que el fácil galanteo y conduce con definitiva seguridad a su destino, al no constante y perpetuo de las vidas.

Bajo el suave amarillo de punto medieval, las líneas violentas de su armonioso busto, ondulan medianas.

Sara del Valle

Con las rodillas juntas, abriendo un espacio hostil entre las suyas y las de Fanny, Sara del Valle (nombre de novela) viaja in-



Siete Generaciones de Canallas

por Carlos Pérez Ruiz



Ilustración de Juan Sorazabal

Y así, en todo el recorrido. Maldiciendo, amenazando, sin-ovlar un solo segundo, el momento amargo de discusión y reyeza amorosa, padecido antes de subir al colectivo.

La señora Termini

Afirmado en uno de los travesaños de la capota, viaja haciendo sus cálculos sobre las compañías de viaje. Se distrae observando los rabeo de ojo. Despiende un perfume penitente. Se sienta apomodo y equidista. Estudia las manos de Fanny, la calidad de la tetera, de los guantes. Descubre la distancia hostil que la morena ha abierto, para no tocar a la rubia. Pienan en el precio del vestido de Sara del Valle, de negra e faldas y en la calidad de las medias de algodón de Fanny. ¿Será una empleada? ¿Será tejido a mano el sweater?

La señora Termini atiende al público en una puerfueria de la calle Florida. Cada vez que ego estornudar al estudianto, contiene la respiración, a fin de evitarse el contagio.

Invariablemente llega un momento en que se advierte en esos transportes colectivos, un desagradable precursor de próximos descesos. Miradas de reconocimiento, abstracción de sacos, arreglos de corbata. Se abre la portezuela y se dejó deslizar, elástico, el estudianto Smith, la rubia Fanny, admiró la claridad del muchacho, con ojos vivos y penetrantes. Se distrajo vívidamente avanzar a grandes zancadas por el pavimento. Y, recién a doscientos metros de donde bajara el estudianto, hizo detener al colectivo. Bajó como una paloma mensajera puesta en libertad, atedando a todos lados. Basadonde debía presentarse estaba ubicada, al 2500.

El colectivo siguió su marcha. Seis cuadras más allá, frente a su terminal, deteniéndose don Jacinto, flotando las manos; la catedrática, como buscando algo perdido. Tras supo, se baja Julia J. Rodríguez. Sube al colectivo un obrero. La señora Termini bajó apresuradamente, alcanzando felizmente un tranvía que la deja en la puerta de su casa.

Sola, repitiendo la misma maldición e idéntica amenaza, Sara del Valle, se bajó del colectivo, al bajar el vehículo, casi se embestida por un colectivo que venía corriendo al rojo. Nalidjo con más calor y se metió en una casa de departamentos, como una hormiga en un agujero.

El estudianto Smith, con ojos vivos e no muy vivos, Fanny, que por primera vez iba a la casa de la señora Smith, le costó dar el paso. Cuando llamo a la puerta, el muchacho ya había cambiado sus ropas. No obstante, Fanny le reconoció, disimulando la sorpresa. Y, solo un año después de estar en casa de su madre, en vísparas de que ambos se marcharon para Europa, Fanny trató de recordarlo el primer encuentro. Que él recordaba un tiempo, pero no las relaciones secretas que habían cultivado ambos y que tan peligrosas consecuencias tenían para ella, en ese momento.

En un inglés perfecto, dabanlucara rápidamente.

—Cuando recuerdo la primera vez que nos vimos, me cruzo una emoción por el cuerpo, que no puedes imaginar —dijo Fanny con voz temblorosa.

—Mi madre te dijo a boca de jarro: ¿de es mi hijo, y te asustaste?

—No, no fue allí donde mis ojos se adelantaron a tu cuerpo... Fue en un colectivo en el cual venías estornudando, como un beldito... Te vi bajar del coche en un salto tan lúido, que cedí mi cuerpo elástico al saber quién eras. Muñitos más allá, beldito que vivir bajo el mismo techo y seguir oyendo tus estornudos y diciéndote: ¿beldito a cada paso...? ¿Qué ganas me daban en el colectivo de ajustarte la bufanda al cuello...? —y se acercó al muchacho; acariciándole el pescuezo.

—¿Qué bien bueno, Fanny!... Pero dime un momento, que ¿beldito apartar las cosas que llevas en el viaje...?

Fanny se sentía muy deli, dolorida. Sofía del fuerte calor, din que las relaciones con Smith le provocara.

El estudianto le había hecho ingerir una fuente dosé purgativa, comprada en la farmacia de Don Jacinto. Para agradecer, al mismo tiempo, le regaló un frasco de perfume, adquirido de las propias manos de la señora Termini.

Largo de embarrada para Europa la señora Smith y su hijo. Fanny puso en juego sus pantorrillas con varias medias de seda. Hinchadas pantorrillas como buches de pulmona, en el cuerpo de beldito de una compañía de revistas. Y allí comenzó a la compañía de Julia J. Rodríguez; y, más tarde, a este Salicrú a poner juntos los tres, luego Fanny solo con Julia.

Una noche, Julia se empujó en hacerla recordar que se habían visto antes, pero no menos un año atrás. Fanny no lo creyó y menos aún, podía hacer memoria. Sufriendo en el ascensor de la casa de departamentos que habitaba Julia, un uso costoso, hubo el tiempo justo para el desarrollo de este diálogo:

—No recuerdas haber visto por el espejo retrovisor de un colectivo? Yo te miré fíjamente y me gustaste los ojos... —No recuerdo nada, nada... —¿Habías en Santa Fe, al 2500...? —Tal vez iría para la casa de Smith seguramente.

Julian necesitaba ese fragmento del pasado para construir de una vez por todas su historia de amor. Fanny pensó que ella había guardado muy bien, como un tesoro, para sí, el recuerdo del primer encuentro con el estudianto. Y que la había atisado, las seds en aquel momento terrible, cuando vio que se adelantaba para siempre el hombre que tanto amara. Y, comprendiendo el valor de los instantes que no se cuentan jamás, seducida por la de Julia, le alargó los labios en un beso que el ascensor se detenia en el piso octavo.

Sara del Valle? Sara del Valle, por tener ese nombre de personaje de novela, se quedó ahora, volviendo, maldiciendo a su amigo y estudianto en el vagón de su casa de departamentos, cada día más parecida a una negra hermosa, apresurada y desconforme.

El colectivo rojo, se desplaza vertiginosamente por las calles, reflejándose en los escaparates; a barriada con su sombra, las laves de colores que vibran disparadas en el asfalto mojado.



Doctor Carlos RUIZ



ARISTIDES
RECHAIN.

[illegible]

con el machete y se encontraron con la bestia mayor, que nos precipitaban a todos en una carrera enloquecida, acompañados por el ruido de los machetes que se cruzaban. Yo me había quejado de que había que llorar entonces por que las lágrimas de los nietos de "Siete Fols" tenían la virtud de multiplicar los golpes. Después seguían los golpes, pero ya no eran indispensables para encontrar la pista del animal atacado del animal. Las mujeres indicaban la pista por sus gritos y sus indicaciones: "Es un perro grande, color de vejiga, con ojos de agua..." y el galope se reanudaba. Cinco, diez, veinte rancherías y nos poníamos a la caza del animal. Al cinco, diez, diez batallas no valían para el bicho y se seguía trazando violentamente una línea roja interminable con su sangre ("No pierdas, tiene que morir, el enemigo malo y por eso son tan duros para morir"). Era necesario que "Siete Fols", empujados por las caballerías, atacaran a machetazos. Después

Alabamos a la grande del
mundo más próximo para que
nos dan y enteraran el cadá-
ver destronado y bamente. No
nos dice que esta escena se re-
petirá cada cinco veces en un
año.

En nuestro enorme perro "El
toro" lo fecó su turno. Segui-
mos por contagio. Antes de
que yo me fuera a dormir, me
daba ya una vida de hombre y
una vida de perros, así de
fácil y de terrible. Jamás se preci-
sa que me ayudó también a dar
los primeros pasos prelatando
sobre el mundo y durando.

En muchas ocasiones, había
un enorme hocico para que yo
pusiera una migaja de pan en
la herida, después de encajarla
en la boca. Me acordaba de
Supino que a "El diablo" le
había dado la rabia porque pre-
cipitadamente cerraron los en-
cadenados y los muertos de
la casa de la Hacienda entre
los carabineros para evitar
burlarlo desde la azotea. ¿Se acor-
da?

horrible. Cuando le chillaron los primeros balazos salió huyendo y ladrando de manera siniestra. Jamás perro alguno del "mal" causó mayores estragos en los lugares circuevnicos! Su trayectoria estaba sembrada de cadáveres de perros rancheros, y bestias lastimadas por sus feroces mordiscos, se encontraba por todas partes. La inevitable persecución de "El diablo" se inició con retardo, porque cuando éste dio síntomas de locura, "Siete Filos" no se encontraba en el caso de la Hacienda. Regresó tarde y la partida se inició cuando la tarde ya caía.

Así fué cómo la persecución de "El diablo", de color negro profundo hasta los dientes, se llevó a cabo durante la noche. Una vaga esperanza me decía que "El diablo" no había sido atacado del mal. Quizás había sido una simple equivocación de los caporales de la Hacienda. Indudablemente me iba a reconocer cuando me viera y escuchara mi habitual chillido. Por

HISTORIA UNIVERSAL DE LA INFAMIA

Eastman, el Proveedor de Iniquidades

PERFILADOS bien por un fondo de paredes celestes o de cielo alto, dos compadritos envalnados en seria ropa negra bailan sobre zapatos de mujer un baile gravísimo que es el de los cuchillos parejos, hasta que de una oreja salta un clavel porque el cuchillo ha entrado en un hombre, que cierra con su muerte horizontal el baile sin música. Resignado, el otro se acomoda el chambrero y ensagra su vejez a la narración de ese duelo tan limpio. Esa es la

mantener el orden. La leyenda refiere que el empresario no lo quiso entender y que Monk demostró su capacidad, demoliendo con fragor el pur de gigantes que detentaban el empleo. Lo ejerció hasta 1899, emido y solo.

una cuestión de límites (util y malhumorada como las otras) y la postura del derecho internacional lo puso enfrente de Pol Pot, el famoso capitán de otra banda. Balazs y entevistos de las bandas habían determinado un confin. Eastman lo atravesó un año y lo acometieron cinco hombres. Con esos brazos veliginosos y con la cachucha hizo red.

En el abdomen y lo abandonaron por muerto. Eastman se la herida caliente con el pulgar y el índice y caminó con pañuelo hasta el hospital. La vida, la alta fiebre y la muerte putaron varias semanas, pero sus labios no se denigraron a nadie. Cuando salió, la guerra era un hecho y floreció

La batalla de Rivington

[illegible]

políticos parroquiales a cuyo criterio estaba Monk Eastman, que se desmintieron públicamente que hubiera tales bandos, o, al menos, que se trataba de meras sociedades recreativas. La indiscreción de Eastman, al revelar a los capitanes para qué se necesitaba la necesidad de una tregua, Kelly (bueno, él mismo) se sentía en más apto que todos los revólveres (con tanto entorpecimiento) a decidir. En consecuencia, él mismo se enfrentó a los capitanes. En un Empeño por rehusar y tuvieron que amenazarlo con la prisión. Al fin los dos ilustres malecos conferenciaron en un bar, cada uno con un representante de la policía. Kelly, al ser el más fuerte, se adelantó hablando mano de pistolero *alrededor*. Arrastraron a una decisión: una merienda; confiar a un match de box la disputa. Kelly era el favorito. Ciento cuarenta espectadores, los viejos, otros compradores de la tienda y mujeres de feágil peluado monumental. Duró dos horas. Kelly ganó. Los capitanes se retiraron. La semana siguiente, los tiradores, Monk fue arrestado, con cuatrocientos dólares de fianza. Los tiradores de él con arrestos; él fue el valiente, con toda ve-

Eastman contra Alemania

ando el todavía perseguido Monk salió de Sing Sing, los mil dólares con los corales de su cuello, estaba desbandado. No los pudo vender y se resignó a operar por su cuenta. El echo de septiembre de 1920 promovió un desorden en la ya pública. El nuevo, determinó que se hiciera un registro de los presos. El registro se hizo en un día por otro desorden y se alzó en un regimiento de infantería. Los hombres fueron rangos de su atracción. El registro se hizo por el fervor la captura de prisioneros y que una vez (con la sol del full) impidió esa pretensión deplorable. Sabemos que logramos escapar a las trincheras, a las trincheras, a las trincheras. Sabemos que en los combates cerca de Montfaucon. Sabemos que se ganó que muchos balísticos del Bowary eran más bravos que una europea.

El misterioso, lógico fin

El veinticinco de diciembre del 1920, el cuerpo de Monk Esté se manifestó en una de las calles centrales de Nueva York. Había un grupo de balazos. Desconocedor feliz de la muerte, un grito de "¡viva!" se escuchó.

poli
cer
sob
refe
són
una
su
muy
bro
fals
gale
bus
ban
tes
dad

ciat
lan
191

Ensayó de un mazazo. ¡Me faltaba una marea para cincuenta!... ahora después.

Desde 1939, Eastman no era sólo tumbado. Era caudillo electo al de una zona importante, y cobraba fuertes subsidios de las casas de farol colorado, de los curules, de las pinjónicas callejeras y de los ladrones que se arrojaban Luis. Los curules le consultan para organizar fiestas, y los particulares también. He sent su honorario: 15 dólares: una onza arrojada, 19 en su mano, 25 en su boca, 25 en una pistola. 25 una pistola... fue el último correo. A 1939,

Jorge Luis Borges

[illegible][illegible]

★ Cuento de Julio César Dabove

O insepado de la noticia había tironeado de nuestra curiosidad. Estábamos en aquel momento en la estación del pueblo del Pilar, como habitualmente lo hacíamos entonces a la tarde. Allí se concurría para sacudir el abarrotamiento de la vida local, como al espectáculo siempre interesante que se ofrecían recíprocamente ambos sexos. Las mujeres pasaban con veje, como si les fuera preciso exhibirse siempre en movimiento, y los hombres, parados a lo largo del andén, las miraban sin saciarse.

Cuando los enteros del crimen ocurrido horas antes, nos reunimos en rueda, desdiciendo por un momento las formas femeninas, para comentar la noticia.

Los personajes que actuaban en aquel drama grotesco y trágico multiplicaban el interés.

La noticia era esta: "Juanín" había sido asesinado era mañana por "Trabacape". Este, después de ahorcarlo, fue embarracado como "había hecho" en el almacén "La Rotonda", donde fue detenido.

El crimen resultaba monstruoso, pues el victimario, aprovechando la impotencia de "Juanín" — atacado de parálisis desde dos días atrás — lo ultimó, tomándolo indefenso, como a una criatura. Según algunos informes, resultaba pueril pensar en un suicidio, pues era inverosímil que "Juanín", impedido como estaba, hubiera logrado colgarse.

Lo había encontrado, en efecto, pendiente de un tirante, con los pies a medio metro del suelo.

Un muchacho de nuestro grupo, que venaba en el pueblo, extrañado por el gran interés que tomábamos, preguntó si conocíamos mucho a los actores del drama.

— "Juanín" y "Trabacape"? —
— Lo miró con indulgencia. Evidentemente, quien eso preguntaba, no era del pueblo. Fue preciso informarlo.

Ni uno solo vecino había dejado de tratarlos alguna vez, y a uno de ellos sobre todo, a "Juanito", se lo conocía en muchas lugares a la vez. Corría fama de hombre ligadito con su nombre, exótico más intencionalmente, corrientes, familiares, casi regionales que vivían largos años, sin duda, en estos lugares.

— "¿Eso está por visitar a Juanín?" —
— Carenta años de entretener justificaban su popularidad y extrañas historias, que hacían estremecer a las mujeres, rodeaban de una aureola prestigiosa y mágica a ese hombre que había vivido su vida entre los muertos.

En un sepulchro perfecto, esculpido, encastrado con su oficio como el hombre acerta con la vacación. Cuando niño, según nos hubiera convencido de que aquel hombre — bajo, gordo, cargado de espaldas, con una cabeza semejante a una sandía acostada directamente sobre los hombros, sin medir el cuello, con aquella cara enrojecida de la frente y de la barba — nadie, digo, nos hubiera presuado de que ese sujeto era realmente el prototipo del contrabando. Por la demás, era una persona buena, reconcentrada y dueña de una memoria prodigiosa en cuanto se refería a sus muertos. Más de una vez, y a regañadientes de la familia, de un registro, los empleados municipales debieron apelar a sus fieles recuerdos, fiamos más en la palabra del sepulchro que en la de los propios dueños del extinto cuyo cadáver originaba la búsqueda. Su vida estaba sembrada de referencias. Ahí, una caja mortuoria con la desproporción de quien destapa una lata de sardinas; sus manos, con dedos casi tan cortos como los de los pies, llevaban y traían despojos humanos sin, sin asegurar remolque, amontonados en botinas, fue escupido perfecto, sin alardes ni desden. Sus muertos eran todos iguales. Las combinaciones que ejecutaba, sus negocios con los estudiantes de medicina y las exigencias de las gentes que adentraban las carrocerías, solían ponerlo en aprietos momentáneos. Pero eso no lo arredraba. Que faltaba el cráneo en algunos despojos reclamados por la solicitud empírica de algún estudiante desoso de poseer un maxilar con todos sus dientes; ¿Pues con reemplazarlo por otro...



Un día, en un almacén vecino al cementerio, bebí con su paisano "Juanín", cuya salud por entonces floqueaba visiblemente. "Trabacape", le miró su historia, que el otro escuchó con mucha gravedad. A su vez, habló "Juanín". Multiplicáronse los vasos. Uno de los bebedores floró y, muy ebrio, se encaminaron al cementerio, provistos de una damajuana de vino fino. Se detuvieron a cada veinte pasos, deteniendo la damajuana en el suelo; entonces, uno de ellos tomaba al instructor de la solapa y le hablaba misteriosamente, junto a la cara, acompañados de ademanes significativos. El otro lo miraba con gran desojo y asentía con la cabeza; cuando a su vez, le tocaba el turno, él mismo se repetía. Conversaban en voz baja, a pesar de hallarse completamente solos.

Casi de noche llegaron a la casa de "Juanín", separada del cementerio por una pared mediana. Era una posada de ladrillo, blanqueada, sin revocar y, más que una habitación, parece, en la penumbra, otra pequeña necrópolis abandonada, tan rodeada está de trastos viejos de carpentería, alfileres, cueros, cerros, como si quisiera, por su profusión. Pero los hombres pasaron de largo; un poco más y se hicieron nidos los grandes pilares que, como dos fantasmas blancos, guardaban la entrada. La enorme pila de hierro giro y los dos hombres, tomados de las agarraderas de la damajuana, avanzaron sosteniéndose mutuamente. A poco se perdieron en las sombras del camino principal, tan silencioso y sin vida como los frentes de las pequeñas construcciones que dan a el dominicano ciertos, ligeros y nulos.

"Trabacape" quedó definitivamente como pen de "Juanín". Así se fueron a acostar.

He aquí, reconstruido, el drama en que nuestros dos hombres habían sido actores:

El silencio, a los de las once, "Trabacape" se dispuso a agarrar a la cabeza de una tumba, rodeada de rajas y rebaba de flores, una de esas grandes cruces de antiguo estilo, cuyo brazo transversal, grueso y cilíndrico, lleva una cruz negra donde se escribe, en letra blanca y topea, la leyenda, protegida por una lamina de vidrio.

Había sacado dos o tres palmas de una tierra negra, crujosa, rica, en que la pala se hundía hasta el nivel del problema.

Carzó con la pala de los tres y los tiró al pie de su frente; el paisaje no alzó ni le hizo ruido, expresando, alegres insinuaciones y comentarios mientras el viejo cubo, profundamente forado, se levanta en el fondo del animal. Cero se movieron solo.

Media cuntra más allá venía el sacro.

El viejo, traspasó, y siempre silencioso se movió; aflojó la cincha y reflojó el leguero, que entró en el suelo.

Como se dijo.

Al viejo, traspasó al abrazo, perseguido, que aunque fatigado parecía retirarse con sus ojos en la partida, en el bajo; sin mirar a nadie; como si estuviera solo.

El paisaje cruzó sin apenar; pero había que hacer el silencio en una fila. Al acercarse, solo hubo una apenar.

Carzó con la pala de los tres y los tiró al pie de su frente; el paisaje no alzó ni le hizo ruido, expresando, alegres insinuaciones y comentarios mientras el viejo cubo, profundamente forado, se levanta en el fondo del animal. Cero se movieron solo.

Media cuntra más allá venía el sacro.

El viejo, traspasó, y siempre silencioso se movió; aflojó la cincha y reflojó el leguero, que entró en el suelo.

Como se dijo.

Al viejo, traspasó al abrazo, perseguido, que aunque fatigado parecía retirarse con sus ojos en la partida, en el bajo; sin mirar a nadie; como si estuviera solo.

El paisaje cruzó sin apenar; pero había que hacer el silencio en una fila. Al acercarse, solo hubo una apenar.

Carzó con la pala de los tres y los tiró al pie de su frente; el paisaje no alzó ni le hizo ruido, expresando, alegres insinuaciones y comentarios mientras el viejo cubo, profundamente forado, se levanta en el fondo del animal. Cero se movieron solo.

Media cuntra más allá venía el sacro.

El viejo, traspasó, y siempre silencioso se movió; aflojó la cincha y reflojó el leguero, que entró en el suelo.

Como se dijo.

Al viejo, traspasó al abrazo, perseguido, que aunque fatigado parecía retirarse con sus ojos en la partida, en el bajo; sin mirar a nadie; como si estuviera solo.

El paisaje cruzó sin apenar; pero había que hacer el silencio en una fila. Al acercarse, solo hubo una apenar.

que para "Trabacape" representaba la dedicación, no le dejaba ni bajar. Delo clavada la pala y, echándose sobre la cruz, comenzó a levantar como un niño.

A la vez momento de Cele-dio Montez; que qui-ri-do y a su- lo bi-ja.

En ese momento oyó la voz de "Juanín". Seguramente lo llamaba para pedirle el vino, que se había olvidado de poner a su alcance. El viejo entorpecido se echó a caer atascado por su afición a los ritos. Ahora permanecía postrado y con una pierna y un brazo paralizados.

El pedo, abandonando su lectura, se dirigió a la casucha vacía, y como el llamado se repitió apresuradamente, para evitar el rodeo a que lo obligaba el camino mayor, salió la pared mediana. Al caer al otro lado, se rasó la mano en su gran rimo de flores de lirio plantado a remolde del estado de la naturaleza viva — duras y rígidas como los cuerpos — que se edifica, con voz temblorosa, en todos.

Por tercera vez oyó su nombre, mientras miraba su mano resquebrajada. Le dio fatidito.

— ¡Oh, caramba! ¡No tenía alas!

Una ligera inquietud lo asaltó. Desde hacía unos días notaba cosas extrañas en su parador, a las cuales no había dado mayor importancia. Ahora, sin duda, había un cambio de carácter: brutalidad en las contestaciones, silencios hoscos... Un día lo había sorprendido, descomulgando curvas en el aire con el índice al alto.

— ¡Qué está, Pepe, ¿Ma qué tanto ayuro? Pepe ha temido que pasara de tenerse.

— "Juanín", con un gesto, le ordenó que cerrara la ventana. Como le dirigía la palabra procuraba hacerlo — aunque sin éxito — en silencio, de sus confusas recuerdos solo acerbaba con una risa cómica:

— Viene cura.

Y como el otro permanecía inmóvil, agrado, sorprendido:

— Viene cura. Te lo dico.

El pedo se acercó. "Juanín", sin dejar de mirarlo oblicuamente con cierto extrañamiento, notó su mano derecha entre su camiseta roja y la piel y extrajo, con misterio, un paquete amarillento. Eran billetes que se veían frente a la mirada atónita de su pedo. Era al gran de decisión. Le parecían inútil perder tiempo en todos.

— ¡Cinco centos pesó! — le dijo en voz baja. — ¿Capite?

El otro hizo que sí con la cabeza, pero sin comprender nada de aquella ezeña. En su rostro se acentuaba su natural expresión asombrada. ¿A dónde iría a parar?

— "Juanín" terminó:

— ¡Lo sto malo! ¡Sto...! No posso più... ¿Capite?... "Trabacape" continuaba sin comprender. Como si le costara gran esfuerzo, "Juanín" terminó:

— ¡Cinco centos pesó. Todo te se mi mata.

— ¡Eh...!

Ratificó, poniéndole el dinero ante los ojos:

— Si tú me mata, todo por te.

El pedo retrocedió, como si después recapacitado y le dijo:

— ¡Tú stó borracho! — y se puso a reír.

El enfermo se enfadó:

— ¡Ah, tú stó un viglioso!

"Trabacape" tornóse serio y se acercó, muy conmovido:

— ¡Pero...! ¿es cierto lo que haberte dicho?

"Juanín" se puso a llorar... ¡El no estaba borracho, no...! ¡Era morir. Le perseguían alucinaciones. En sus ataques él veía los muertos le interceptaban. ¡Le habían tomado rabia...! Y en sus momentos de lucidez, temblaba de horror ante la locura definitiva de los alucinados. La vida así le era insostenible; pero no tenía valor para matarse, como una ratona, a su parador, a quien había ayudado que lo despaichase de una vez, por compasión...

Quando se enteró de lo que se quería de él, "Trabacape" quedó estupefacto. No sabía qué decir ni qué hacer. Pero más que lo decalaba

Tal vez se confundieron, en algunas de estas combinaciones, los rostros de dos enemigos mortales o, quizás, el chocar de algunos huesos, con un no diré y, como si, temido el beso que fue negado en vida...

Tal era "Juanín". Ah, no olvidado: tenía fama de gran bebedor!

El otro personaje poco o nada personal no merece nombres. Años atrás se lo conoció por "Pepe" o "a negro". Ahora reapareció al pedo de "Trabacape", hecho que corrió de boca en boca, cierta historia, entre pitearistas y ladinos, que aun hace morir de risa a los borrachos vecinos del lugar.

Es un hombre de edad difícil de calcular, flaco, pequeño y, no obstante, resistente como caballo, para el trabajo rural. Su cara tiene algo de cordero, a pesar de las mejillas enrojecidas. Su expresión recuerda como la de un chico auscultado armoniza con su vocalización barba, muy descolorida y delgada, de una ligera quejumbra. Su expresión es el espejo de su mentalidad.

He aquí el origen de su apodo. El infeliz trató un tiempo de jardinería en casa de cierta señora, fante por sus tiempos. Todos los huesos, con puntualidad feroz de la, el contrabando en la mano, empujando y hundiendo, hurgando entre la demostración, sin la mano reclamando por la mierda de los animales, lo había zurrado a golpes en su casa. Cuando se refería a las mujeres, y a aquella en particular, se transformaba. Lo había leido y le había leído detalles inauditos que eran recogidos con grandes diligencias, como siempre terminaba quejándose de la vida.

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y se miraban con picardía, contritiendo la risa. El contestaba, candoroso:

— ¡Eh...! Me dice: "Trabacape, Pepe, Trabacape, que la prata e si-cara".

Entonces los presentes reían a carcajadas, y Pepe, por contagio, también. Una semana después todo el pueblo lo llamó "Trabacape", ostentando en una sola voz los dos palabreros.

Algunas veces se le oía hablar de un amor desdichado y lleno de ridículo con una monera obesa y brutal que, dos años atrás, hastiada por la mierda de los animales, lo había zurrado a golpes en su casa. Cuando se refería a las mujeres, y a aquella en particular, se transformaba. Lo había leido y le había leído detalles inauditos que eran recogidos con grandes diligencias, como siempre terminaba quejándose de la vida.

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...

Y en su jerga falserista explicaba el mismo a su auditorio las argumetas que le daba la señora sobre la garantía de su mentalidad — promesas en las cuales, era convevalva a desconfiar. Pero sus oyentes no se daban por satisfechos hasta ver que sus labios el estrillo que ya corria de boca en boca, le movían:

— ¡Eh...! Viene por la mesada...